

DOMINGO 4 DE CUARESMA “B”

2 Cro 36,14-23 + Ef 2,4-10 + Jn 3,14-21



Nicodemo no hizo el viaje en balde

Muy pronto estaremos en la Semana Santa. Antes de que lleguen esos días, deberíamos buscar algún momento para un encuentro íntimo, a solas con Jesús, como hizo Nicodemo, tal vez por la noche, o un rato tranquilo. *«Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios como maestro.»* Dentro de unos días vamos a vivir, Señor, tu muerte y resurrección. Dime, pues, también a mí: *«Cómo puedo nacer de nuevo?»*.

Y a partir de esa inquietud y pregunta, Jesús le va hablando, a Nicodemo y a nosotros también, del sentido de la vida humana, de Dios y de su gran amor al mundo, de la vida eterna que Él quiere para todos, de la salvación, de la luz de las tinieblas, de vivir en la verdad. Nicodemo no hizo el viaje en balde, no salió defraudado de aquel encuentro con Jesús. Hablando con Jesús nunca se pierde el tiempo. El evangelista Juan, del que hoy hemos escuchado las palabras de Jesús, ya hacia el final de su evangelio (Jn 19,39) nos volverá a mostrar a Nicodemo tomando el cuerpo de Jesús para darle sepultura. La vida de Nicodemo se vio afectada y transformada por aquel primer encuentro nocturno con Jesús. Ya antes había sido valiente para salir en defensa de Jesús cuando algunos fariseos quisieron prenderle (Jn 7,50-51).

Una salvación universal

La salvación que Jesús ofrece, y de la que nos ha hablado el texto evangélico, no se reduce al pueblo de Israel, que hoy aparece representado en el judío Nicodemo. Jesús le dirá a él, y dice a su Iglesia, que la vida eterna es ofrecida en Jesús a *«todo el que crea en Él»*. La salvación tiene una dimensión universal, nadie queda excluido de ella, sino aquel que a sí mismo se excluya, prefiriendo las tinieblas a la luz. Se rompe el exclusivismo judío, y todos los exclusivismos fundamentalistas, a favor de la vocación universal a la salvación. Dios da la vida a todos, el Hijo del hombre es elevado en la cruz por todos y para todos. La vida eterna es ofrecida a todos, sin excepción.

Estamos salvados por pura gracia y mediante la fe

La salvación se ofrece por pura iniciativa divina, por pura gracia, por el gran amor con que nos amó Dios, rico en misericordia. Somos salvados por gracia y mediante la fe, como don de Dios, para que nadie pueda presumir o tener la presunción de que lo ha logrado por sus obras. Las buenas obras nacerán del agradecimiento a Dios, que nos creó por amor y nos recreó en Cristo Jesús. *«Estáis salvados por su gracia y mediante la fe.»* Es la doctrina de Pablo que hemos escuchado en la segunda lectura.

Un cuadro coloreado por el amor

Todo el cuadro que Jesús dibuja proféticamente al hablar de su elevación en la cruz, está coloreado por el amor. Por amor a todos llegará hasta entregar su persona, como actualizamos en cada Eucaristía. También aparece una tonalidad oscura en ese cuadro, anunciada ya en el prólogo del evangelio: habrá hombres que prefieran la tiniebla a la luz, porque sus obras son malas. El que no cree que Dios envió a su Hijo por amor para salvarle, a sí mismo se excluye. Pero la voluntad de Dios es que su luz y su amor lleguen al corazón de todos y cada uno de los hombres y mujeres que lo habitamos. En Jesús ha aparecido la vida que Dios ofrece a la humanidad. Y esa oferta es gratuita, es don y gracia, y sigue abierta a todos hasta el fin de la historia. No hay que esperar al futuro para poseerla. El que cree en El tiene (ya ahora) vida eterna.

«Sacramento universal de salvación»

La Iglesia debiera aparecer en el mundo como lo que realmente es y lo que el Concilio quiso que fuese: «*Sacramento universal de salvación*». Nunca señal de condenación, ni profeta de calamidades. Los que en la Iglesia tenemos alguna forma de voz en las comunidades cristianas deberíamos transparentar en nuestras palabras el amor de Dios al mundo, expresado en el mayor amor: dar su Hijo la vida para que otros, todos, tengamos vida.